

La siguiente entrevista hace parte del libro *Leteo: una venganza estética* de Fredy Alexander Ayala Herrera y complementa el capítulo “Entrevistas”. Es el resultado de varios diálogos establecidos con personas y comunidades que de manera voluntaria quisieron contribuir a este proyecto con su testimonio. Estos relatos fueron esenciales no sólo en la representación de una problemática social e histórica del país, también son hechos del lenguaje que, desde sus lugares de enunciación, se convierten en consejos y construcciones de vida. Sus palabras fueron vitales para la cristalización de nuestra propuesta de cuentería y narrativa oral.

Datos contextuales:

Entrevista realizada en el 2020

Pablo Andrés Delgado, 33 años, nacido en Pitalito Huila, politólogo. Uno de los creadores del Festival Cauca Cuenta. Es narrador oral desde el 2008.

Notas de transcripción:

Transcripción:

Entrevistador (Entr.): ¿Cómo entra a la narración oral?, ¿cuál es la epifanía? En mi caso, yo entré porque vi a Jorge Aníbal Niño contando, ¿cómo fue contar cuentos?

Entrevistado (Edo.): Yo creo que ya había un ejercicio grande en mi casa de narración oral. En mi casa, desde cuando se reúne la familia. Cada familia tiene que hacer un acto cultural. Mis tíos, que son comunistas, hacen los encuentros culturales como tertulias; hay reinados dentro de mi casa. Entonces nosotros, de una familia no acomodada, teníamos la comodidad de comprar una grabadora, de esas que graban casetes. Entonces grabábamos muchas de las cosas que contábamos en el casete y eso traía mucha participación desde la oralidad, la poesía, la copla y el cuento como tal. Entonces, cuando llego a la Universidad del Cauca, veo el espacio... donde el primer narrador que veo yo se llama Luis Martín Trujillo, que vino y contó y me encantó lo que hizo. Después llegó Robinson “El parcero”, y entonces dije: “Yo quiero ser cuentero”. Pero el proceso para ser cuentero... Debería uno recibir un taller; nosotros no recibimos taller ni nada.

Entonces comencé a asistir en el espacio y comencé a pedir que me dieran el espacio para contar, y ya después hacía parte de *Encuéntate*, y seguidamente comencé a contar desde las comunidades campesinas, y ahí me enamoré más del trabajo de la narración oral, porque la narración oral en el campo y en la ruralidad está en su cotidianidad; lo utilizan para todo: para sembrar, para cocinar, para enseñar los valores. Todo tiene una historia, cuando un campesino enseña los valores de su familia siempre se refiere a una historia. Entonces me enamoré más de la oralidad y comencé a hacer un trabajo ya con las comunidades, entonces en el trasegar de la narración oral también está la investigación. Sí, porque me gusta el que se puede hacer con la narración oral, que eso ya fue otra etapa, que tuvo que ver más allá con lo académico de la narración oral. Pero, en sí, me enamoró de la narración oral yo creo que la escénica que veo, que existe un cuentero...

Entr.: ¿Ya es un cuentero?

Edo.: Sí, yo me considero que soy un cuentero de la narración oral. No precisamente del hecho de estar presentándome, pero sí del hecho de haber investigado y de haber creado una metodología para el trabajo de investigación y para el trabajo de intervención. Entonces, alrededor de la narración oral creció prácticamente lo que es... que es la empresa que tenemos ahora, que trabaja todo lo que tiene que ver con la interacción cultural comunitaria y todo lo que tiene que ver con la apropiación del relato, la reparación de la memoria colectiva, la incidencia de relatos con las víctimas. Todo lo que tiene que ver con la recuperación de recetas de mitos de leyendas, con el objetivo de que las comunidades vean en la narración oral un potencial cultural muy grande que les permita a ellos permanecer en el territorio y apropiarse también de las dinámicas del territorio sin sentirse menos que los de la ciudad. Yo creo que no existe la palabra *periferia, centro-periferia*. Realmente, cuando me voy a trabajar a las comunidades, cuando me voy a trabajar a la ruralidad, digo, no aquí es el centro, la ciudad es la periferia realmente, es el último lugar donde llegan las cosas, las noticias del campo llegan de último allá, un montón de cosas que pasan alrededor del país... Este es un país definitivamente rural, es como una opinión muy personal: yo creo que la periferia no existe cuando hablamos desde la ruralidad, yo creo que ahí está el centro de todo, la raíz del todo.

Entr.: Habló de una cosa, que es la reparación a través de la narración oral. Cuéntanos, ¿cómo ha sido la experiencia del trayecto de lo que cuenta, de lo que ha significado conocer todas estas historias?

Edo.: Como la gran mayoría de las cosas que hago, tiene un núcleo, una razón de ser. Yo soy víctima de la violencia: mis tíos han sido perseguidos, mi familia ha sido víctima de la violencia desde tiempos inmemoriales, mi abuelo fue desplazado por el Ejército porque a mi tío le pegó un policía y él no permitió que un policía le pegara a su hijo y entró a las 4:00 a.m., sacó al policía, le puso un vestido de la mujer, lo amarró al árbol del parque Central. Entonces se volvió objetivo militar por esa burla que le hizo. Él por defender a su familia entonces le tocó venirse a Pitalito y en Pitalito se compró una cámara y se convirtió en el primer fotógrafo, hace muchísimo tiempo. Mi abuelo que era muy conservador y laureanista, y de Pitalito. Mis tíos comienzan a hacer parte del partido comunista de la UP, y a ellos prácticamente les tocó salir corriendo. Yo tengo también un tío que estuvo hace un tiempo refugiado en el exterior porque lo iban a matar. Ya cuando nazco yo, ya los noventa, y toda esta cosa... Pues tuve una relación con la guerra muy fuerte, porque mi mamá fue a trabajar a un pueblo en el Caquetá y desde niño supe que era un enfrentamiento entre guerrilla y Ejército. Supe lo que era una incursión paramilitar en un pueblo, supe lo que era desplazarse también, entonces...

Entr.: ¿Qué pasó exactamente, cómo lo vivió, qué edad tenía?

Edo.: Yo tenía unos doce años, yo estaba en Sexto y a mi mamá le salió un trabajo. Mi mamá es comerciante y también es una señora que sabe hacer dotaciones. Entonces a ella en su trabajo le tocó estar, en gran parte, en pueblo, donde se puso como un negocio y nos fuimos a vivir. Yo soy el hijo único varón de ella, entonces ella me llevó a mí a vivir con ella y detrás de mi mamá se fue otra tía. En mi casa, dos de mis tías son madres solteras, entonces mi mamá, mi tía y mi otra tía, la mayoría son madres solteras de maridos que no respondieron, que se fueron y que les tocó solas a ellas. Entonces mi mamá se fue a vivir a ese pueblo y estaba todo muy bien porque en esa época la bonanza de la coca estaba muy grande y a mi mamá le estaba yendo económicamente muy bien con su negocio. Y un día en el pueblo pasó un carro lleno de gente de la guerrilla (porque uno conoce a la gente de la guerrilla allá); la guerrilla prácticamente está en el diario vivir. Prácticamente en ese tiempo la guerrilla era quien ponía el orden, la que agarraba a los ladrones... En fin, pasa un carro lleno de hombres armados y heridos, el carro estaba

ensangrentado y entonces el pueblo se quedó solo. Esa noche no se supo nada, nadie salió y al día siguiente en la mañana, como a las 5:00 de la mañana, estaban los paramilitares disparando y diciéndole a la gente que tenían que salirse de las casas; si no, iban a quemar las casas o echaban granada. Me acuerdo tanto [de] que yo en mi vida nunca había visto... En mi vida de niño en la ciudad nunca había visto ese miedo que se siente, nunca. Mi vida era muy normal, pero en ese momento sentía miedo, sentía que me iban a matar sin saber qué le iba pasar a mi mamá. Nos reunieron a todos en el parque principal... y me acuerdo tanto [de] que había una persona con la cara tapada y esa persona comenzó a señalar con el dedo y a esa gente obviamente se la llevaron y la mataron. Entonces, debido a eso, mi mamá sale del pueblo. Mi mamá tiene un almacén de ropa. Mi mamá sale del pueblo y, antes de salir del pueblo, los paramilitares entran y prácticamente saquean todo lo que tenía de mercancía mi mamá. Mi mamá sale, entonces es allí donde yo conozco qué es ser desplazado, qué es lo que se vive en una cuestión de desplazamiento, y yo no había nacido en el pueblo y de pronto no me pega tan duro; pero a los niños que han nacido en el pueblo, a los que tienen todo el desarrollo de sus vidas, todo... Yo regresaba a mi casa. Si no más en la ciudad a uno lo sacan del colegio y uno ya se siente desplazado.

Ahora, imagínese usted salir con la mera ropa. Y regresamos otra vez al Huila, y en el Huila, después, mi mamá consigue una pareja, y esta pareja de mi mamá era un hombre que labraba el campo, un campesino, le gustaba sus vacas; pero realmente yo no compartí mucho en esta etapa de ella de su enamoramiento: yo me fui a estudiar a Neiva. Cuando ya regreso de la universidad... Cuando ya iba a entrar a la universidad, mi mamá estaba viviendo con él, mi mamá tenía ya dos hermanas, ya habían nacido mis dos hermanas y la relación era muy normal. Pues yo ya estaba estudiando y un día, por estar en la universidad, me llama mi mamá llorando y me dice: “Mataron a Martín” (que es como se llamaba mi padrastro), y yo: “Pero, ¿cómo así que lo mataron y por qué?”.

Entr.: ¿Cuánto llevaban de relación?

Edo.: Sí, esto pasó a los trece. Mi mamá llevaba de relación como unos ocho años... Sí, porque mis hermanas estaban pequeñas; yo estaba en la universidad, estaba entrando primer semestre, y entonces voy a ver qué ha pasado y resulta que Martín ahora es un falso positivo, y entonces yo comienzo como a escudriñar, porque yo desde ese entonces estudiaba Derecho, entonces andaba

como motivado con el Derecho. Yo pensaba que iba a salvar al país. Comienzo a descubrir, a escudriñar a preguntar lo del caso, y entonces me doy cuenta [de] que se han estado presentando una serie de asesinatos como sistemáticos en la zona, que agarraban a personas que tenían antecedentes y pues Martín tenía un antecedente. Él ya había estado en la cárcel, como que habían seleccionado algunas personas de ahí y aparecían muertas de vez en cuando. La historia era que un amigo de Martín lo había sacado de la cárcel y le dijo: “Oiga, lléveme a tal parte”, y después vinculamos a esa persona en el proceso porque el día que estábamos velando a Martín, él llamo y, como era tan amigo de Martín, él seguro sintió... no sé, el cargo de conciencia, y le dijo a mi mamá qué era lo que había pasado. Él le dijo a mi mamá qué era lo que había pasado. Mi mamá no tuvo en ese momento la audacia de grabar alguna cosa, pero él le cuenta realmente que es eso. Inclusive, hay un hecho donde la narración oral está muy presente y toda esta cuestión, porque la familia estaba sin saber qué era lo que había pasado realmente y una de las hermanas de mi mamá que cree en cosas y en sincretismos y cosas de estas... en agüeros. Llegó y le amarró los dos dedos gordos de los pies a Martín. Ella dice que cuando le agarra los dos dedos gordos de los pies... Ella dice que él... que le agarra los dos dedos gordos del muerto, que el que lo mató aparece y pide perdón. Una cosa así. Y vea, dicho y hecho: ese man llamó llorando, estaba borracho y le contó a mi mamá qué es lo que había pasado. Entonces pasa todo eso y realmente el dolor de la muerte no es nada comparado con lo de rehacer su vida después de eso. Yo tenía dos hermanas pequeñitas que eran pues de la relación con mi mamá con Martín, y ellas no tenían papá, y yo era el único de la casa. Entonces ellas comenzaron a ver en mí como esta cuestión de responsabilidad y todo el tiempo preguntaban por su papá. Mi mamá se convierte en una señora que lidera un montón de procesos con las víctimas con las demás mujeres: demandan al Estado, se comienza a ver como un revolcón en todo lo que tiene que ver con las fuerzas armadas en el Magdalena, comienzan a vincularse algunos militares de rango y comienzan a amenazar a mi mamá. Entonces mi mamá para todo esto y yo acá en el Cauca no podía estar como pendiente de la casa ni nada. Fue una época un poco difícil, pero pasaba algo bien bonito en la casa también y era cuando mi mamá le hablaba a mis hermanas de su papá y les contaba prácticamente cómo se había conocido con el papá de ellas, con Martín, cómo era él, sus chistes que hacía... Martín era una persona muy particular, era una persona muy chistosa, como una persona muy divertida, era una persona que cocinaba muchísimo que invitaba a su familia que hacía asado huilense, que le había pasado por la vida con un montón de aventuras, y

sobrevivir un montón de cosas y hacer un montón de peripecias para mantenerse. Se había escapado de la casa como a los 10 años, entonces tenía un montón de historias para contar y todo el tiempo lo contaba. Entonces mi mamá lo que hacía todo el tiempo era repetir y reproducir las historias que él le contaba con mis hermanas. Pues cuando yo ya entro a la narración oral, yo comienzo por andar con la ruralidad del Cauca y a trabajar con estas víctimas, y yo veía que muchos de los programas que había en las ONG que me contrataban para narrar eran recordación y recordación de qué fue lo que pasó, quiénes fueron, cómo fueron las cosas. Y cuando yo iba y contaba mis cuentos de mi abuela de mis abuelos, ellos me proponían también un espacio para narrar sus cosas y me decían: “Profe, yo también me sé un cuento”. Cuando yo narraba mitos, ellos me decían: “Yo también me sé un mito”. Digamos que la narración entra aquí como un catalizador, como un motivador para hablar. Y en el momento en que nosotros nos sentábamos o nos reuníamos a hablar, inclusive se nos olvidaba el resto de cosas de lo que teníamos que hacer con las ONG y esas cosas, y muchas veces la gente participaba más de los talleres de lo que hacíamos con narración oral, que era simplemente sentarnos a hablar que de las otras, de la reparación, que del yoga, de un montón de cosas que realmente las comunidades no estaban pidiendo. Inclusive, una vez fui al Valle a un evento también y, entonces, trajeron a un montón de campesinos que venían embotados, que venían en su ajuar del campo, que venían de trabajar y: “Vamos a hacer yoga”, les decía, y entonces los campesinos se emberracaban porque: “Señor, yo estoy trabajando, ¿usted me trae a mí para hacer yoga?”. Entonces, cuando los poníamos nosotros a cantar, a narrar, a contar cuentos, había algo distinto. Entonces eso me despierta a mí eso de la narración oral como una forma de reparar y aprendo de ese momento un concepto que se llama la memoria colectiva, que me enamora porque era realmente ir al tiempo del territorio que había compartido, ir al tiempo en el que se formó la comunidad, hacerlo recordar en la memoria y que esa memoria sea presente para el que estuviera. A través de la academia, me di cuenta de que lo que pasa con el conflicto es que la memoria va creciendo de una forma lineal, entonces, entre tiempo y espacio. Entonces usted va creciendo y aprendiendo de todo lo que va adquiriendo, del ambiente, de lo que pasa. Sí, de pronto llega el conflicto y como que hay un corte ahí que ellos no se esperaban, que ellos no lo imaginaban. Y entonces de allí, desde que hay un hecho victimizante, todas las comunidades... la comunidad se refiere al hecho victimizante como si fuera una cosa sumamente importante en su historia como comunidad, que realmente es un hecho que fractura las relaciones sociales. Entonces con la narración oral me di

cuenta de que uno podía saltar al tiempo que se le diera la gana. Usted podía hablar del presente, del futuro, del pasado como usted quisiera. Sobre todo, del pasado, este pasado de la primera casa, del bobo del pueblo, de los músicos del pueblo, de los personajes del pueblo, me entendés. Entonces, al recrear todo ese pasado con las comunidades, me di cuenta de que ahí existía una posibilidad de crear una metodología a través de la narración oral. Que si nosotros lográramos vincular la Ley de Víctimas, que va necesitando una iniciativa para la reparación en su comunidad, pero no en la individualidad, sino en su conjunto, que es a lo que yo me dedico... Que había también un concepto que manejaba la Ley de Víctimas, que era el de memoria colectiva, el de memoria histórica y, además de eso, había también un ejercicio tan espectacular como el de narrar cuentos, el de narrar historia, y ahí se creó lo que se llama Festival Internacional Cauca Cuenta, que fue lo que hizo agarrar un montón de amigos de narradores orales que estuvieran dispuestos a trabajar en comunidad y en ruralidad. Más que contar cuentos, era motivar a la gente a que narrara cuentos y a escuchar también lo que dice la gente. Entonces hicimos el primer festival en el 2015 y vinieron solo puras mujeres, solamente un hombre mexicano vino, y nos fuimos a La Rejoya, que era con la comunidad con la que más trabajábamos y allá logramos darle vitalidad al relato, al relato, de donde vengo yo, como ChocQuibTown, que es el relato que aquí nos importa. No que fue lo que nos pasó de tal fecha y tal hora y quiénes fueron... De donde vengo yo, para hacerle frente a eso a esa otra realidad.

Entr.: ¿Cómo se encuentra usted con la experiencia... cuando se encuentra con las víctimas y con los victimarios?

Edo.: En este momento, yo creo que el Cauca, como tal, tiene un plus, y es que la organización social es muy fuerte en el Cauca, y las víctimas que, hasta el 2011, eran reconocidas de un suceso que pasó, por ejemplo, en 1998, hasta 2011, llegaron a ser reconocidas por un trabajo que ellos hicieron. Entonces las víctimas nos las muestran que son personas que no están dispuestas a perdonar, pero las víctimas son las que más están dispuestas a perdonar, porque ellas su trabajo fue: primero, ser reconocidos como víctimas, ser reconocidos como un objeto de derechos... Entonces, al menos con las que trabajo yo, que la mayoría son mujeres... ellas, cuando hablamos de reparación, ellas ya se habían reparado hace rato. Cuando yo digo, hablo, de reparación, como tal es que a ellas fue a las que les tocó barrer la sangre del muerto, a ellas fue a las que les tocó arreglar la casa, a ellas fue a las que les tocó estar pendiente de sus hijos. Esas reparaciones que

deberían estar como tan integrales a la familia ellas las asumieron. Entonces ya cuando viene el Estado con una ley a prometer cosas o a decir hay un dinero para tal, cosa las víctimas ya venían como conscientes de que su dolor, que es aquí lo que es importante, para el Estado ya lo habían asumido, ya lo habían digerido y lo habían transformado en resistencia. Cuando trabajamos con el victimario, que realmente a mí me parece que es con la población que está más vulnerable... vulnerable porque es una población que entrega las armas y no sabe qué hacer, pero que, si nos vamos al pasado de ellos, el pasado es prácticamente igual al de la víctima: también ha tenido desplazamientos; muchos de los victimarios [con los] que yo trabajé eran los de las FARC, muchos de estos también tienen una historia muy triste y dolorosa. Entonces ellos también tienen que ser reparados en su construcción desde memoria y en su construcción desde su vida de su pasado. Había gente que nunca en su vida había probado un helado, por ejemplo. Gente que está ahí desde que es chiquillo, desde que tenían cinco, seis años.

Entr.: ¿Conociste una historia en particular?

Edo.: Claro que sí. Inclusive... De la historia que te conté del Caquetá: que entraron los paramilitares. Después de que nosotros nos vinimos, la guerrilla masacró a ese grupo paramilitar que estaba ahí, y eso lo supimos después porque una tía se había ido a vivir allá y ella se quedó y uno de esos guerrilleros con los que trabajé, de excombatientes con los que trabajé, me contaron cómo había sido todo. Ahora, ya desde la confrontación: “Nosotros los cercamos, hicimos tal cosa”. Todo me lo contó así, con pelos y señales. Entonces yo creo que el trabajo fuerte que hay entre víctima y victimario realmente no es la reconciliación entre ellos; es la sociedad civil la que se llena de gloria como tal. El victimario también está lleno de necesidades, eso es lo que yo percibo con el trabajo que hacemos de reparación de la memoria del conflicto con los victimarios también, porque [con] algunos... yo hace mucho tiempo que trabajé con ellos, pero en el momento en que ellos llegaron acá al Cauca, en las zonas transitorias, y que tuve la posibilidad de hablar con ellos, [en] ellos la incertidumbre era muy grande.

Entr.: Yo quisiera que me contara como un poco sobre esta incertidumbre. ¿Quién hablaba, cómo eran ellos [a quienes] uno desde el escenario de afuera los ve como a extraños?

Edo.: Sí. Mi primer contacto que tuve con ellos fue en un evento en Pueblo Nuevo. Yo iba a dar un taller para ellos, un taller de memoria con la narración oral. También yo andaba como con la

cosa de que: “Esta gente debe ser brusca”, pero no. Digamos... Lo que sí encontré: mucha incertidumbre respecto a su futuro individual, porque ya aquí no son las FARC como un grupo armado. Ahora cada uno tiene unas posibilidades de salir adelante, desarrollar su proyecto de vida en lo que llaman ellos la civil, en la sociedad civil. Pero también con mucho miedo de que los mataran, que ya había pasado antes, que es lo que está pasando ahora. Yo creo que eso fue uno de los grandes vacíos del proceso de paz, que no se creó realmente una metodología de trabajo real para trabajar con los victimarios. Por eso ellos se devolvieron a lo que son las disidencias, porque, digamos, lo único que usted ha aprendido durante toda su vida es echar plomo, y le dicen: “Ahora agarre un lápiz”. Así, como si nada. Entonces, cuando yo me encontré personas que tenían mucha esperanza, pero mucha incertidumbre, personas que estaban cansadas de estar echando bala, de darse en la jeta con los demás; pero que no sabían hacer otra cosa más que eso y las labores del campo, obviamente... Entonces había mucha esperanza, obviamente. En el proceso de paz hubo mucha esperanza, pero no había un orden trazado real y creo que había tantas promesas de políticos que no era sino cambiar de gobierno y todo. Yo creo que muchas de las cosas que están pasando fue por eso. Y ya cuando hicimos el trabajo de víctimas y victimarios, pasó algo bien bonito y ahí fue donde nos abarcamos nosotros a trabajar con las comunidades.

Entr.: ¿Las víctimas y los victimarios en un mismo escenario?

Edo.: No, no los trabajamos en un mismo escenario. Queríamos encontrar un punto común entre los dos y era a través de la narración oral, la tradición oral como tal, que encontráramos un lugar de encuentro desde la narración oral. Entonces, si usted les preguntaba sobre el pasado, si usted les preguntaba sobre mitos, sobre leyendas a los victimarios, ellos tenían un montón de mitos y leyendas del norte del campo, tenían un montón de coplas, tenían un montón de cuentos, y si usted iba y les preguntaba a las víctimas también, que eran la parte rural, tenían prácticamente las mismas historias, los mismos cuentos. Entonces, lo que hicimos fue reunir historias, relatos sonoros, fotografías y hacer una instalación donde la gente, como en la transeúnte de la ciudad iban pasando, iban escuchando un cuento, iban escuchando una película, iban leyendo un poema. Y después de salir del pequeño circuito, después de ahí, les preguntábamos qué había escuchado y después les hacíamos las preguntas y las enfrentábamos... Lo que escucho de una víctima y un victimario.

Entr.: ¿Son distintos los relatos?

Edo.: No, pues todo tiene que ver con el campo. Ellos pensaron que eran campesinos. La mayoría de gente pensaban eso: “Son campesinos y todos son campesinos”, pero eran víctima y victimario. Entonces queríamos llevar la reflexión a la gente de que nosotros venimos de un origen campesino, todos en rural... Que por qué nos estábamos dando en la JEP, entonces por qué nos peleábamos tanto... Porque es que en la ciudad la gente calienta mucho la guerra, mucha de la guerra que se da en el campo viene calentada de la ciudad. La polarización es un motor de guerra.

Entr.: Comparándolo en los términos futbolísticos: los barristas son los de la ciudad y los jugadores son los que están en el campo animados por...

Edo.: Sí, pareciera así. Pareciera que el escenario es una guerra que está en la ruralidad y, desde el televisor, nosotros: “¡No, viva tal, yo creo esto, yo creo lo otro!”. Pero, como te digo, eso es ficticio también, porque en la ruralidad están también un montón de cosas para el campo: la gente, la organización, la gente trabaja también. Hoy en día, hay un montón de cosas que lo maravillan a uno y uno, sinceramente, dice que la gente de la ciudad trabaja de la mano.

Entr.: ¿Cómo es la experiencia de sumercé cuando entra a la comunidad, el diario de un taller de narración?, ¿cómo es encontrarse con la víctima, con el victimario, la experiencia vital, la particularidad del hecho, la acción?, ¿cómo se vive eso, cómo es contar esta historia?

Edo.: Claro, con las víctimas no hay tanto problema, porque las víctimas reciben mucha asistencia y va mucha gente a verlos. Ellos están más bien cansados de talleres y de capacitaciones y de cosas de esas. Entonces, cuando uno llega con cultura, con música, entonces la gente más bien lo copia bastante. Yo, en el primer acercamiento que tuve con víctimas... yo pensé que me iba a estrellar con gente que tenía como este resentimiento, esa rabia, ganas de vengarse. Pero, la verdad, me estrellé con gente que estaba buscando del Estado un reconocimiento. Pero la actividad es: empezamos nosotros primero a tener un acercamiento con la comunidad, que la comunidad sepa qué es lo que vamos hacer. Entonces, ¿qué es lo primero que vamos hacer? Pues contar cuentos utilizando, obviamente, material o cuentos que tengan que ver con la vida en el campo, la vida rural, la vida campesina. Eso motiva dentro de la metodología. Son detonantes de memoria colectiva cuando usted, dentro de su discurso, como

narrador utiliza la semejanza, como la vida de ellos, como la remembranza a la vida campesina, que para ellos es la cotidianidad. Entonces hablar de vacas, hablar del fogón, hablar de lo pintoresco que es el campo, hablar de las muchachas, hablar de la oscuridad de la noche, de los mitos, de las leyendas. Es como entrar al mundo de ellos y despertar y abrir un montón de puertas para que ellos hablen. Entonces, lo primero que hacemos nosotros es mostrar lo que hacemos: “Mire, esto es lo que venimos a hacer”. Y después ponerles un espejo y decirles: “La verdad, yo no hubiera narrado esto si ustedes no existieran”. Y entonces desde ahí comienza uno a trabajar en procesos de comunicación y a hablar también de las distintas formas de narrar. Todas las personas son capaces de agarrar un micrófono y ponerse al frente. Entonces comenzamos a hablar de que uno puede narrar desde la cocina, que uno puede narrar desde el mural, que uno puede narrar desde el tejido, que uno puede narrar desde el juego tradicional y buscamos también darle voz a las personas que tienen en sí la memoria... que tienen, digamos, en sí la riqueza que son los abuelos. Y no existe un grupo social que quiera ser más escuchado que los abuelos. Hay muchas comunidades, los campesinos y los que están aún más lejos y los que están como en la parte más retirada; los indígenas son muy callados y lo ven a uno, así como... Pero ya cuando uno comienza a entablar la conversación con ellos se puede volver una noche infinita al lado de un fogón tomando café. Con los victimarios el tema es distinto, al menos como hemos trabajado. Primero, porque hay una carga social negativa que está presente en la comunidad y es: “Este man tuvo un arma y mató a alguien”. Y esa carga negativa la arrastran ellos también. Entonces, en su diario vivir, y muchos de ellos no están tan relacionados con el hecho de sentirse inferior con esa carga negativa... Entonces muchas veces hay como cierto recelo a las personas que van a trabajar; pero, como te digo, entramos nosotros por medio del cuento, por medio de mostrarle lo que hacemos, por medio de... como generar un espacio, donde aquí no vamos hablar de guerra, aquí no vamos hablar de hechos violentos. Aquí vamos a hablar de nosotros y de nuestro pasado, de lo que nos ha quitado la violencia, de lo que nos ha quitado la guerra, de la guerra que se inventaron los demás. Por eso yo no pude realizar mi proyecto de vida desde donde está mi familia, de donde están mis raíces como persona, como sociedad, como individuo. Entonces esa es como la gran diferencia: que hay que llegar a una comunidad muy técnica, a una comunidad con algo que tenga que ver mucho con ellos, que además de eso sea como muy liberador, que es como la narración oral. Nosotros lo hemos encontrado: que la narración oral libera.

***Entr.: Cuénteme una experiencia particular, por ejemplo, con una víctima o un victimario...
Historias de ellos, que cuentan, que hablan.***

Edo.: Creo que la historia más linda que yo tengo y que la he podido encontrar, la he encontrado con las mujeres. Prácticamente la mayoría de víctimas de este país son mujeres. Tuve la posibilidad de trabajar algunos meses de la investigación con una señora que se llama doña Ruby. Le mataron su esposo en el 2000. Su esposo venía de una chiva que estaba de Popayán a Cajibío, pero ellos viven en una vereda que se llama la Rejoya. Y la chiva la detuvieron y mataron a diez personas a sangre fría, así, alguien les decía: “Máteme a este”. Doña Ruby fue hasta el lugar donde estaba su esposo, donde estaba su familiar muerto y no la querían dejar ver el cadáver. No los querían dejar pasar y ella no soportaba. Dice doña Ruby que ella sentía tanta impotencia, que ella mordió al policía, le agarró los huevos al policía para que los soltara y la dejara ir a ver. Ella empoderó a las personas de su comunidad también para generar un proceso de lucha para ser reconocidos, pero doña Ruby hacía teatro, y antes de que sucediera la masacre hacían jornadas del día del campesino de teatro: que tal vereda trae esta obra de teatro, que tal vereda trae la otra obra de teatro. Decía que duraban hasta las 3:00 de la mañana viendo teatro y, cuando yo llego con el proyecto, Doña Ruby dice hay que volver a crear el grupo de teatro y crean el grupo de teatro otra vez. Con doña Ruby tuve un acercamiento muy bonito, porque ella era la que me ayudaba a mover la gente de la comunidad, que es, pues, vital también para el trabajo de investigación. Es encontrar al líder, no muchas veces, ni siquiera social, el líder cultural, el encargado de la cultura es motivador. En la tesis que yo hago está como el principal. En la metodología, está principal y vital descubrir al encargado cultural, esa persona que se encarga de organizar la fiesta, de organizar la misa. Entonces, Doña Ruby es la que me ayudaba con eso y doña Ruby tenía una pasión que a ella no le gustaba contarla y la pasión de ella era hacer poesía. Entonces un día doña Ruby, cuando estábamos reunidos nosotros haciendo los relatos sonoros, me dice: “Oiga, yo tengo un poema”. Entonces yo le dije: “Pues léalo”. Doña Ruby cuando se lee un poema sumamente bello... No tenía nada que ver con la violencia, nada que ver con el hecho victimizante, pero tenía una carga de esperanza que parecía que cualquier palabra que ella pronunciara nos llegaba como al corazón. Entonces nos dimos cuenta de que Doña Ruby hacía unos poemas muy bonitos y reincorporamos la poesía de doña Ruby dentro de todo el trabajo. Meses después, cuando ya el festival se había hecho un hecho, logramos llevar gracias a una amiga narradora los poemas de doña Ruby a Francia, para que escucharan los

poemas los franceses de doña Ruby. Gracias a un amigo que se llama Mauro Patiño, también logramos traducir los poemas de doña Ruby. Cuando doña Ruby leyó el mensaje que yo le envié desde todo el programa que habían hecho en Francia, doña Ruby no se imaginaba que su poesía fuese a llegar como tan lejos y pienso yo que fue una forma de reparar a doña Ruby, porque, aunque no tenga nada que ver con el hecho victimizante, nació de ese proceso como tal, nació de ese proceso de reunión que, muchas veces, es afectado por el conflicto. Cuando llega el conflicto, de nuevo, la gente deja de reunirse. Entonces, siempre cuando la gente deja de reunirse se carga de llevar el proceso, de la reunión y claro... Entonces eso es lo que se llama los líderes sociales: uno que está encargado de todo. Por eso es que nosotros tendemos dentro del proyecto a que toda la gente trate de participar y se empodere del proceso cultural.

Entr.: Bueno, interesante lo de doña Ruby, de esa reparación. Quisiera que me contara si tuvo la cercanía con alguien personalmente. Si conoció a alguien, sujeto con nombre.

Edo.: Con nombre no tengo, porque allá comenzamos a trabajar... Ellos estaban recién llegados y todavía se utilizaban los alias, pero tuve la facilidad de hablar con muchos... con muchos chicos que comenzaron siendo raspachines en el Caquetá y terminaron yéndose a las filas de las FARC. Una historia que me conmovió un poco fue la de un victimario que había asesinado a su primo, con el que se había criado, porque era una orden y, como nosotros no tocamos historias trágicas, entonces hay un ejercicio de construir el relato más lindo que uno tiene...Cuál es el relato más lindo de su pasado, de su vida, de su tío, de la casa. Entonces él hizo un ejercicio muy bonito con que jugar trompo, y que todo el tiempo se estaban poniendo retos y que yo me tiro de acá al río, que yo me tiro de la parte más alta o por el lado más hondo. Todo el tiempo andaban como poniendo retos y era como una historia muy bonita. Cuando entramos al ejercicio a él le tocó mucho como ese ejercicio y después se me acerca y comenzamos a hablar. Entonces yo conozco el Caquetá también; entonces me cuenta que le tocó matar a su primo.

Entr.: ¿Con el mismo primo con el que jugaba con el trompo?

Edo.: Si, con el que jugó y compartió con él. Pues en el taller hizo su recuerdo más bonito.

Entr.: ¿De dónde era?

Edo.: Del Caquetá, de una parte que se llama el Curillo, y así hay un montón de historias. Nosotros la verdad no nos encargamos de la historia trágica porque...

Entr.: Cuénteme lo más bonito.

Edo.: Hay muchas cosas lindas. Yo, por ejemplo... El trabajo con los victimarios... Había un victimario: “¿Se acuerda de la primera vez que fue un circo a su pueblo?”. Fue en un caserío, y era un circo. Pues, me imagino yo, [era] muy pequeño, pero para él fue de las cosas que él se acuerda más de su niñez. La primera vez que fue a un circo... y fue la única vez que fue a un circo. Cuenta él todo, desde la cuestión desde que llegó el circo, desde que comenzaban a armarlo, que él iba a ver cómo se armaba un circo, desde ver al payaso, de decir: entró a todas las funciones de estas historias, hasta la historia de Alfonso Quina, que él cuenta la historia desde la vereda la Rejoya, desde que no había nada, absolutamente.

Desde que llegaron las primeras casas, él es uno de los primeros que vive allí, que... ahí a pata limpia, que por ahí pasaba el tren... Entonces él cuenta todo el trasegar, cuenta sus noches de guitarra coqueteándole a las muchachas con su guitarra, cantándoles a ellas; cuenta su primer trabajo, y cuenta también cómo se formó la Rejoya como un lugar turístico en su época, que era como cuando la gente iba al río. La Rejoya... Antes se iba a la Rejoya para ir al río. Historias muy lindas hay en muchas... Yo creo que en todas, porque prácticamente yo las siento muy lindas y muy mías porque nosotros somos de la ruralidad. Bueno, al menos yo me considero campesino. Que nunca le había agarrado una teta a una vaca para ordeñarla... Yo vengo de una familia campesina y yo me siento campesino y, cuando trabajo con ellos, más.

Entr.: ¿Cree que es necesario evocar la historia de la masacre para que la gente lo recuerde, para que esta historia no se olvide, para que no sea manipulada? Y el hecho de que recuperemos historias bonitas, que está muy bien hecho... Pero esto no implica que, de pronto parezcamos el hecho como tal. Pienso que los mismos medios se han encargado en presidir los hechos icónicos.

Edo.: Es aquí donde, en la investigación, tuvimos la misma precisión. Logramos sortearla de una forma muy chévere. Está la memoria colectiva y la memoria histórica. La memoria histórica es la que, obviamente, tiene que ver con la historia, el hecho victimizante, que fue lo que sucedió. La memoria colectiva es todo lo que se construye en el tiempo y en el espacio de esta comunidad,

que fue víctima de la violencia. Nosotros hablamos de reparar a las víctimas desde memoria histórica y memoria colectiva... Que tú me hablas que, de pronto, lleguemos al olvido... Las comunidades que sufrieron esto creo que nunca lo van a olvidar. La comunidad como tal creo que nunca lo van a olvidar, pero por eso hay también un proceso de memoria histórica, porque la memoria histórica no tiene que ser para la comunidad, tiene que ser para nosotros, los que no conocemos qué fue lo que pasó. Los que vivimos en la ciudad pensando que eso está lejos de donde sucedió la masacre allá, eso es otra Colombia. La importancia de que esa historia sea conocida tiene que ir enfocada a los que no vivieron el hecho, porque eso de tenerlo presente en el territorio está bien. Los que debemos tener presente que sucedió algo, que pasó en nuestras narices, prácticamente, que fue muchas veces hasta legitimado por muchos ciudadanos, porque de un gobierno que estuvo en diez años años, prácticamente... Porque yo cuento dos de Santos también... Un gobierno que estuvo tanto tiempo, que eso se legitimó, que estaba en nuestras narices... Yo creo que debe haber memoria histórica para esa gente que nosotros no conocimos; pero si vamos a hablar para el hecho de que la víctima esté en constante recuerdo, vamos a hacer que se revictimice todo el tiempo. Y eso lo hablamos con la gente de... y de OBM, que no podíamos nosotros estar detonando siempre la historia triste, porque es que llegaba uno y que pasó, llegaba el otro y que pasó... y, de pronto, se vuelve ya hasta mecánico para ellos. Entonces, cuando hablamos de memoria colectiva, de reparar en la memoria colectiva es: había algo que era antes así y que, por un suceso, ya no es así. Entonces hablamos de eso que había antes también y, desde ahí, resignificamos lo que hay ahora desde la tragedia, porque es necesario no estigmatizar el territorio. ¿Por qué es necesario eso? Si nos vamos de aquí, pues se va a perder todo lo que se reconstruyó antes. Si no tratamos de resignificar el territorio para la recuperación de las nuevas generaciones, como ha pasado en muchas que dicen, que yo nací en una parte que... Y se sienten mal y quieren salir todo el tiempo de allá. Entonces, si resignificamos el territorio, le brindamos amor al territorio, así sea con sus cicatrices y heridas; pero trabajar desde ahí. Y entonces pienso que utilizamos la memoria colectiva para detonar esas cosas se generan un proceso de identidad con el territorio y, obviamente, cuando se genera un proceso de identidad, como el caucano, también se genera un proceso de resistencia y un proceso de mirar hacia adelante desde la comunidad.

Entr.: ¿Su mamá logra repararse de esta tragedia?

Edo.: Bueno, ya desde lo personal como tal, no. Yo creo que es muy difícil reparar el proyecto de vida que tiene la otra persona. El proyecto de vida que uno tiene, como familia, cambia muchísimo; pero yo creo que, en términos de justicia, se ha reparado mejor. Todavía se sigue en la lucha, todavía seguimos con abogados en términos emocionales. Mi mamá sí se ha reparado y, en este momento, ya no está en la zozobra de antes. Ya ha logrado desarrollar su propia empresa, también ya mis hermanas están grandes, han estudiado, y pues yo creería que en lo emocional sí ha habido algo de reparación y no ha tenido nada que ver con lo que le haya dado el Estado... También un ejercicio que ella ha hecho, de mantener a su compañero que murió vivo de una forma para que sus hijas lo recuerden así.

Entr.: Quisiera que me contara un cuento. Usted es cuentero y lo he visto escuchar y es encantador, cuéntenos un cuento chiquitico.

Edo.: Con la que yo llegó a las comunidades y la voy a contar hoy:

Cuando era pequeño, muy pequeño, en el pueblo, en la vereda Santa Rita, que fue donde me crié, estudiábamos todos en un salón. Daban desde Primero a Quinto. Una sola profesora y un solo rector: no había nada más. La vida iba muy tranquila hasta que toda la comunidad llegó a la escuela, sacó a la profesora del colegio, se escuchaba un murmullo allá afuera y todos los niños chiquiticos asomábamos la oreja por la claraboya esa para escuchar y nada. De pronto, entra la maestra: “Niños, niños, niños, preparémonos, porque hoy viene el señor gobernador a visitar nuestra comunidad, entonces vamos a recibirlo aquí en la escuela con danza, teatro, música”. Entonces, la profesora comenzó a organizar la música y toda esta cosa, y todo el mundo afanado, porque todos en la escuela viene el señor gobernador. En mi casa, el señor gobernador, mi abuelo... El señor gobernador; todo el tiempo hablaban del señor gobernador y yo no sabía qué era eso del señor gobernador. Entonces, un día le pregunto a un amiguito y mi amiguito me dice: “¿Cómo así que usted no sabe del señor gobernador? No, hombre, el señor gobernador es quien manda a la profesora, el señor gobernador manda hasta al rector. Vea, el señor gobernador manda hasta a su mamá. El señor gobernador tiene mucha plata, el señor gobernador tiene mucho poder. Vea, el señor gobernador manda hasta al cura”. Yo me imaginaba que el señor gobernador era una especie, así como de superhéroe de un mito fantástico; no sé qué tenía, una armadura, un capul... Y yo le dije a la profesora: “Profesora, yo quiero ser el niño que reciba al gobernador cuando llegue, yo quiero ser el que le entregue... No sé, el que le diga: ¡Bienvenido,

señor gobernador!”. Y la profesora me dijo: “Bueno, papito, usted va a recibir al señor gobernador. Tiene que estar usted el viernes, que viene el señor gobernador, a las 7:00 en punto, que va a llegar el señor gobernador”. Yo no dormía pensando en el día que iba a estar ahí, cuando el señor gobernador llegara, le entregara las flores y decir: “Señor gobernador, bienvenido a la institución educativa”. La noche anterior no dormía. Es más, yo soñaba con el señor gobernador, que su caballo mágicamente iba a arreglar la carretera... Bueno, que él, con un soplido, iba a pintar la escuela, no, que iba a traer un montón de dulces y juguetes para los niños. A las 5:00 a.m., ya estaba yo peinado, bañadito, superbién arregladito. A las 6:00, llegué a la escuela y la profesora me dijo: “Llegó como temprano”, y yo... Bueno, esperamos ahí al señor gobernador, y la profesora me dijo: “Hágase usted ahí a las 7:00, cuando llegue el señor gobernador”. Y entonces me puse ahí con las flores... 8:00 y nada que llegaba el señor gobernador... 9: 00 y nada que llegaba el señor gobernador... 10:00 y nada que llegaba el señor gobernador. Entonces, ya comenzó a caer el rayo de sol. Nada que llegaba el señor gobernador y todos pues ya con su ajuar, con su vestuario y todo, y todos alistando todo... 11:00... 12:00 p.m., va llegando el señor gobernador rompiendo mi sueño, rompiendo mi ilusión, porque no llegó en un caballo ni con una armadura ni nada de eso, ni llegó repartiendo juguetes para los niños, ni llegó pintando la escuela, no. Es más, ni siquiera llegó saludando, cuando yo le dije: “Señor gobernador”, no me paró bolas. La profesora, al verme que yo me iba como a ponerme a llorar, me dijo: “No se preocupe, usted va a ser ahora el edecán del señor gobernador, hágase al lado. Si el señor gobernador necesita agua, usted se la pasa. Si el señor gobernador necesita cualquier cosa, usted se la pasa”, y yo le dije: “Bueno, profesora”. El señor gobernador pasó y dijo que no tiene tiempo para escuchar a los niños, que no tiene tiempo para ver el teatro, que no tiene tiempo para ver la danza, que él venía solamente a comer y a hacer la reunión política. Al señor gobernador lo sentaron y en mi comunidad, muy gentil, pues le dieron la mejor presa de sancocho y el señor gobernador comió, comió y eso repitió. Después de la comida, en el Aula Máxima pusieron una mesita. Entró el señor gobernador, la profesora, el rector y yo al lado... Ahí, el edecán. Cuando, de pronto, comenzó el Himno Nacional y de pronto comenzaron a llegar la comunidad; pero al levantarse el señor gobernador, el señor gobernador se echó severo pedo y yo lo escuché todito porque yo estaba al lado del señor gobernador. La gente entre toda: ¡Ja, ja, ja! Comenzó a verse entre ella y como a sonreír, pero si el sonido fue estruendoso, el olor asqueroso. Eso yo me lo comí todito, y el olor de pronto comenzó a irse por el Aula Máxima y

toda la gente comenzaba a taparse la nariz. El señor gobernador se puso rojo y, al terminar el Himno Nacional, el señor gobernador llega y toma la palabra y dice: “¡Ja, ja! El chino se cagó”. En ese momento, yo no sabía qué sentir; pero yo me puse a llorar, la verdad. Y desde ese entonces a mí como que los gobernadores me caen como mal. Es más, yo le puedo perdonar al señor gobernador que no haya llegado en un caballo, que no haya traído dulces para los niños, que no haya pintado la escuela. Yo le hubiera perdonado cualquier cosa. Yo le puedo perdonar al señor gobernador que nunca haya puesto la placa... Bueno, no importa. Pero lo que no le puedo perdonar al señor gobernador, ni a este, ni a ninguno, es que no sea capaz de hacerse responsable de sus propias cagadas.

Grabación realizada el 21/02/20